

# ¿QUE SIGNIFICA EL “CARÁCTER SACERDOTAL DE LA COMPAÑÍA, Y QUE SIGNIFICA PARA MI COMO ESCOLAR?

Josef Mario Briffa (MAL), S.J  
*Pontificio Instituto Biblico,  
Roma*

Como diácono, y ahora a pocas semanas de mi ordenación sacerdotal, la pregunta no podría hacerse en un momento más significativo para mí. Es la mejor etapa de mi vida jesuita, diez años desde mi entrada en la Compañía, desde donde puedo considerar la formación que me lleva de manera progresiva hasta el ministerio de sacerdote ordenado, aunque todavía no soy sacerdote.

Una mirada retrospectiva a esos años, y me veo ciertamente enraizado en la Compañía, partícipe de su vida y sus ministerios, pero todavía de camino hacia la ordenación. Cada vocación tiene su propia historia. La mía ciertamente ha sido claramente la llamada, desde lo profundo de mi ser, al sacerdocio, llamada gradual a vivirlo en la forma de vida que la Compañía practica. Y es en este proceso donde mi propia llamada se ha ido enriqueciendo con mayor claridad, hasta manifestar lo que el “carácter sacerdotal” de la Compañía significa para mí.

Necesito volver a las raíces de mi vocación, a aquello que con sabia intuición, ayudó a atraerme a la Compañía. Ahora me doy cuenta de que un factor decisivo fue el testimonio de la vida de algunos jesuitas, en los cuales vi algo concreto, no que eran más sabios, más santos o más dedicados a su ministerio que otros sacerdotes que yo conocía, sino que tenían una relación

muy personal con Jesucristo, una relación que se manifestaba en su manera de hablar de Nuestro Señor, de celebrar la Eucaristía y de oficiar el sacramento de la reconciliación.

*Una vocación enraizada en los Ejercicios Espirituales*

No ha sido una sorpresa. La vocación de cada jesuita, considerada en su propia singularidad, está enraizada en la experiencia de lo Ejercicios, en la contemplación de la vida, ministerio, pasión, muerte y gloria de Nuestro Señor

*la vida de algunos  
jesuitas que tenían una  
relación muy personal  
con Jesucristo*

resucitado, en el deseo de conocer al Señor, de amarlo más y de seguirle más de cerca (EjEs 104). Esas continuadas conversaciones, “como un amigo habla con su amigo, o un criado con su Señor” (EjEs 54), consolidan nuestra relación con Jesucristo. Es obvio que los Ejercicios están pensados no sólo para jesuitas y sacerdotes, pero el sacerdote jesuita no puede existir si no es un hombre

forjado en los Ejercicios. Los que han encontrado al Señor de veras en los Ejercicios no lo pueden guardar para si solos.

El mismo Ignacio y sus primeros compañeros, cimentados en la experiencia de los Ejercicios, se sintieron ellos mismos llamados al sacerdocio, como medio para *ayudar a las almas*. Como rasgo distintivo de la vida sacerdotal jesuita, este deseo de ayudar a las almas, se ha manifestado, desde la fundación de la Compañía, en diversos ministerios (1 Cor. 13.27-31). Nuestros ministerios — aunque están llamados a ser uno con el ministerio ordenado de la Iglesia — se centran menos de forma inmediata en el aspecto del culto; se inclinan más a la enseñanza, la instrucción, y a la consolación espiritual a través de la reconciliación. Si somos capaces de comprender el lenguaje del siglo XVI, la Fórmula de nuestro Instituto expresa con meridiana claridad el carácter de nuestro ministerio sacerdotal: difundir nuestra fe a través de los ministerios de la palabra, y la consolación de los fieles a través de la confesión y los otros sacramentos, el trabajo a favor de la reconciliación y el cuidado compasivo de los más humildes de la sociedad. Hoy, quizás puedan haber cambiado las palabras, pero la llamada fundamental permanece la misma: *nuestro compromiso con un ministerio ilustrado al servicio de la Palabra, nuestra espiritualidad fundada en los Ejercicios, nuestro deseo de justicia social.*

### *Una formación extensiva*

La Formación en si, ha sido hasta ahora el aspecto más importante de mi vida como jesuita. El noviciado se centró enseguida en la formación religiosa y en nuestro Instituto; con base en los Ejercicios Espirituales, y presentando, a través de las diversas experiencias, los ministerios de la Compañía, ofreciendo una parábola de nuestras vidas en la Peregrinación, puesto que estamos llamados a entregar nuestras vidas al Señor. Si los dos primeros años se caracterizan por ser intensivos, los siguientes de estudio son extensivos. Seis años se han dedicado ya principalmente a estudios universitarios de filosofía y teología, y de la Escritura. Volver a los estudios después de dos años muy activos de magisterio no fue fácil. Pero me recuerda la experiencia de Ignacio que eligió ir a París para prepararse y así poder servir mejor al pueblo de Dios.

*nuestros ministerios se centran menos de forma inmediata en el aspecto del culto*

El deseo de la Compañía de Jesús de desarrollar y hacer el mejor uso de los talentos y cualidades, incluida la apertura a las disciplinas y ciencias “seculares”, es un aspecto que me resultó atractivo. La rica herencia de la Compañía en los estudios de matemáticas, ciencias naturales, historia, lenguas y culturas, ha fortalecido nuestro ministerio, y ha sido nuestra contribución a toda la Iglesia. Existe ciertamente el peligro de confiar en los conocimientos propios. Pero si la motivación es sana, nuestra formación y nuestros estudios reflejan la convicción de que el sacerdocio se distingue no por lo *que uno hace*, — el contacto con el trabajo pastoral—, si no por *lo que uno es*. Como ministros del Señor, servidores de la Iglesia, y sin embargo capaces de integrar en nuestra propia persona una relación personal con Cristo, una cuidadosa incorporación de nuestra fe, y un conocimiento humano bien fundado de las ciencias, todo ello presta más credibilidad a nuestro ministerio. No porque el Evangelio tenga que ser proclamado con añadiduras, sino porque esa formación nos puede ayudar a descubrir mejor las raíces del Evangelio (proclamado siempre *en y a* una cultura), y nos capacita a retransmitir La Buena Noticia a una cultura siempre cambiante. Y también presta a la Iglesia los medios para continuar desarrollando su reflexión, sin la cual las actitudes fundamentalistas y obscurantistas prevalecen. La herencia de la Iglesia sería más pobre sin nuestros Matteo Ricci, Teilhard de Chardin, Karl Rahner y muchos otros, que son faros

---

## TESTIMONIOS

---

que orientan nuestros pasos a través de los siglos hacia el futuro, como lo hicieron antes que ellos Agustín y Tomás de Aquino.

### *Nuestra misión como participación en el carisma de la Compañía*

La llamada a la Compañía y al sacerdocio me recuerda también que nuestra misión no es algo individual, sino que es una participación en el carisma de la Compañía y al mismo tiempo en la misión más amplia de la Iglesia. La

*la apertura a las  
disciplinas y ciencias  
“seculares”, es un aspecto  
que me resultó atractivo*

experiencia personal, especialmente durante el magisterio, hizo que esta reflexión fuera algo real y personal. Muchas de las conversaciones, mucho del trabajo que pude hacer, no eran a título personal, sino por ser jesuita, por estar considerado de una forma visible como parte del ministerio de la Iglesia, aunque no estuviera ordenado. No hace falta decir que mi personalidad, actitud y formación como

individuo, puede ayudar o interferir en nuestro ministerio, pero básicamente los que confiaron en mí, y en nosotros como jesuitas, lo hicieron por la misión común en la cual participamos, a fin de cuentas por la misión confiada a nosotros como parte de una más amplia Iglesia. El ministerio en la Compañía me ayudó progresivamente a desviar el centro de atención desde mí hacia el ministerio mismo.

Una experiencia particular ha dejado huella indeleble en mi vocación, y está en la base de mi idea de nuestro carácter sacerdotal: una conversación espiritual, durante la tarde, con uno de mis alumnos, en tiempo del magisterio en el colegio. Fue una conversación abierta y sincera, en la que se podía reconocer la activa presencia reconciliadora de Dios, de una manera tan clara que me di cuenta que la misma conversación no sólo llevaba el amor de Dios y la reconciliación a esa persona sino también a mí mismo. La experiencia de los Ejercicios me hizo reconocer la mano de Dios en acción, y mi formación hasta ese momento me ayudó a hablar, entender, y a callar donde debía guardar silencio. Sin embargo el aspecto más profundo de esa experiencia fue el darme

cuenta de que en realidad, a través de mi propio trabajo y de mis palabras, yo estaba siendo llamado a ser un sincero intermediario, y a contemplar a Dios trabajando en la otra persona y en mi mismo, con acompañamiento de profunda consolación al sentir el amor de Dios, que daba nueva luz, a través de los sacramentos, a la llamada al sacerdocio y al ministerio de la reconciliación

Sin duda recordaba la actitud de San Ignacio, capaz de ver a Dios presente y trabajando en la vida de las personas, la cual nos debe mover a la contemplación con admiración, y a quitarnos las sandalias, porque estamos en terreno sagrado.

*los que confiaron en mi, y  
en nosotros como jesuitas,  
lo hicieron por la misión  
común en la cual  
participamos*